
Entrada Libre

El hecho y la ficción

James Shotter

Desde 2010, James Shotter ha sido corresponsal del diario *Financial Times* en Austria, Suiza y Frankfurt, hasta radicarse en Varsovia, desde donde cubre Polonia, la República Checa, Eslovaquia, Bielorrusia y Moldova. Esta nota apareció en el *Financial Times*, el 7 y 8 de enero de 2022. Traducción de Antonio Saborit.

POCOS PERIODISTAS EN EL SIGLO XX alcanzaron el reconocimiento de Ryszard Kapuscinski en la cúspide de su carrera. Como el solitario corresponsal de la agencia de noticias del estado comunista de Polonia presencié muchos de los levantamientos de su tiempo, desde Latinoamérica hasta África, y escribió sobre ellos en una prosa fascinante. Kapuscinski, para Gabriel García Márquez, fue el “verdadero maestro del periodismo”; para Margaret Atwood, “el mayor testigo de nuestra época”. Al morir en 2007, la revista alemana *Der Spiegel* sacó un homenaje titulado “El mejor reportero del mundo”.

En este año, el legado del polaco volverá a ocupar el centro de la atención. Czytelnik, su casa editora, trabaja en dos libros sobre Kapuscinski y su obra, que coincidirán con el 90 aniversario de su nacimiento. Varsovia renovará la sencilla cabaña de madera en la que vivieron él y su familia después de la guerra y se volverá un centro dedicado al reportaje.

*La debemos defender
con nuestras vidas,
como comentaristas políticos,
como reporteros, como
historiadores, quien quiera
que se dedique a la no-ficción.
Pienso que es un pecado capital
cruzar esa frontera.*

Pero aun antes de la muerte de Kapuscinski, hace quince años, ya había voces que disentían sobre sus escritos y estas voces se han vuelto más fuertes en los años sucesivos. Va de por medio la exactitud de sus brillantes reportajes. Un comentarista empático lo llamó “periodismo mágico”. Pero para otros, en particular en el mundo anglosajón, volvió borrosas las fronteras entre el hecho y la ficción, lo que hizo de él un relato admonitorio sobre el embellecimiento artístico y una advertencia sobre las caídas para los reporteros que empalman su prosa con las técnicas y los trucos de la literatura.

Las distinciones entre la verdad y la fábula son probablemente tan antiguas como la escritura misma. El griego Heródoto —un pionero de la escritura de la historia en el siglo V antes de nuestra era, admirado por Kapuscinski— ha sido llamado por partida doble el “padre de la historia” y el “padre de las mentiras”. Pero en medio de las batallas contemporáneas en torno a las *fake news*, la polémica sobre cómo proteger la frontera entre el hecho y la ficción también tiene una resonancia más moderna.

“La debemos defender con nuestras vidas, como comentaristas políticos, como reporteros, como historiadores, quien quiera que se dedique a la no-ficción. Pienso que es un pecado capital cruzar esa frontera”, dice Timothy Garton Ash, profesor de Estudios Europeos en la universidad de Oxford y él mismo autor de reportajes sobre Europa central. “En el mundo de la mala información y la desinformación en el que se tiene... a una Rusia que promueve la visión de que a fin de cuentas no existe la verdad, que todo mundo a fin de cuentas no hace más que impulsar su relato, es más importante que nunca el respetar la frontera entre el hecho y la ficción”.

Remetida entre una aglomeración de árboles en el campo de Mokotów de Varsovia, la cabaña en la que alguna vez vivió Kapuscinski fue una entre las centenas que ahí se montaron para albergar a los trabajadores metidos en la reconstrucción de la capital de Polonia sobre los escombros de la segunda guerra mundial. Donadas por la URSS y fondeadas a partir de las reparaciones finlandesas a Moscú, estas casas prefabricadas se conocieron como las “cabañas finlandesas”. Casi ochenta años después, la de Kapuscinski se entrega serenamente a los elementos, su techo está a la mitad de un derrumbe en cámara lenta y sus paredes alguna vez blancas están llenas de grafiti. “La idea original era conservar el legado de un escritor que fue maestro del reportaje, porque nos dimos cuenta de que se estaba borrando”, me comenta Aleksandra Butkiewicz, titular del departamento de vegetación de Varsovia, al encontrarnos

a las afueras de sus ruinas. “Es una manera de restaurar la memoria de Kapuscinski”.

Hay mucho que recordar. Hacia el final de su vida, tal era la reputación de Kapuscinski que llegó a ser un contendiente al Premio Nobel de Literatura. Su prosa se había ganado comparaciones con la de Hemingway y con la de Orwell y su valor casi suicida le había hecho merecer la admiración de muchos de sus pares. “Los corresponsales en África tienen dos autores en sus librerías”, escribió uno de ellos tras la muerte de Kapuscinski. “Graham Greene y Kapuscinski”.

El trayecto periodístico de Kapuscinski comenzó en *Bandera de Juventud*, un periódico para jóvenes comunistas. En los novecientos cincuenta, como reportero principiante, se le envió a escribir una crónica sobre el fraccionamiento de Nowa Huta, un enorme proyecto constructivo destinado a convertirse en uno de los escaparates de la Polonia comunista. En lugar de escribir una loa, Kapuscinski detalló sus males sociales, los cuales iban desde la prostitución hasta la carencia de albergues. Su artículo provocó tal furor que en un primer momento lo obligó a esconderse. Pero luego de un cambio de parecer entre los mandones comunistas de Polonia, le valió un premio.

Poco después se le envió en un viaje corto a India, su primero fuera de Europa, colmando el deseo ardiente de cruzar fronteras que impulsaría el resto de su carrera. “¿Qué siente uno al cruzar la frontera?”, escribió, recordando su estado de ánimo años después. “¿Cómo es del otro lado? Debe ser, diferente. Pero ¿qué significa ‘diferente’?”

*

Este sentido de la curiosidad y de la franqueza fue central para Kapuscinski. A veces daba la impresión de que lo metía en problemas. Una vez en El Cairo escribió que se dio cuenta de que lo estaban asaltando mientras se balanceaba en una estrecha percha en lo alto de un minarete, luego de haber aceptado la oferta de un extraño para mostrarle una mezquita local. Pero esto también propició su periodismo. Cuenta haber viajado miles de kilómetros alrededor de Etiopía con un conductor, cuyas dos únicas expresiones en inglés eran *problem* y *no problem*, lo suficiente, sostenía Kapuscinski, para ayudarle a negociar a él desde víboras hasta patrullas militares.

Tenía esa gran cualidad para meterse en un bar, o hasta para sentarse en la banqueta de la calle, y hablar con quien fuera como si fuera su hermano”, dice Katarzyna



Mroczkowska-Brand, quien tradujo al inglés por primera vez las obras de Kapuscinski. “Era fascinante hablar con él. Combinaba la curiosidad y la valentía de un reportero, pero también era un pensador.

El ascenso de Kapuscinski coincidió también con la ola de descolonización que se dio durante la segunda mitad del siglo XX y su trabajo consistió en hacer la crónica de estas convulsiones. En el momento en el que cubrió la caída del shah de Irán en 1979, según su propia cuenta ya había visto 27 revoluciones. Brand recuerda que Kapuscinski le dijo con cierto orgullo, unos años después, que PAP (la agencia de prensa polaca) había realizado una lista de todos sus gastos y que los de Kapuscinski eran los más altos. “Eso le daba mucho gusto”, recuerda Brand. “Eso mostraba que había estado haciendo un trabajo serio y que lo trataban con seriedad”.

“Los periodistas de mi generación que quisieron ser corresponsales extranjeros, consideraban automáticamente a Kapuscinski como la mayor autoridad”, dice Wojciech Jagielski, quien siguió los pasos de Kapuscinski en la PAP y quien también reportó ampliamente desde África. “No sólo por el tiempo que pasó en el extranjero, sino porque era el mejor escritor”.

Es verdad que la obra de Kapuscinski está colmada de imágenes que se prenden a la memoria. Para Salman Rushdie: la ciudad de catres apilados en las calles de Luanda en *Otro día de vida*, al tiempo que los europeos trasvasan sus vidas dentro de contenedores antes de huir de la guerra civil de Angola. Para Mariusz Szczygiel, cofundador del Instituto del Reportaje en Varsovia y uno de los escritores de reportajes mejor conocidos de Polonia: el guardia aduanero soviético que en la helada frontera de Zabaykalsk revisa cuidadosamente grano tras grano de kasha, busca minuciosamente la menor irregularidad con sus bien entrenadas yemas de los dedos.

“Para mí éste es el mejor pasaje en la no-ficción polaca”, dice Szczygiel, con un ejemplar de *Imperium* en las manos, antes de leerme en voz alta el pasaje en la mesa de su cocina.

¡Es fenomenal! Es la metáfora de un estado totalitario. Cuando la gente me pregunta lo que era el comunismo, les muestro esto. Era un sistema que no sólo quería tener control sobre la gente, sino sobre cada grano de kasha. Y Kapuscinski vio esto durante una o dos horas —no sabemos por cuánto tiempo—. Él no habló con estos sujetos. Pero a partir de ellos creó una metáfora. En eso consiste su grandeza.



La reputación internacional de Kapuscinski despegó en 1983 con Brand y con la traducción al inglés hecha por Mroczkowska-Brand de *El emperador*. El libro es una crónica de la caída de Haile Selassie, contada a través de los ojos de miembros anónimos de la Corte del gobernante etíope. A ratos satírico y grotesco, no es un reportaje directo. Los cortesanos se refieren a Selassie con epítetos hiperbólicos sacados de la Corte polaca del siglo XVII. Y asoman brevemente funcionarios con papeles ridículos, incluido uno cuyo trabajo consiste en deslizar unos cojines debajo de los diminutos pies del emperador, cuando está sentado en el trono, para que no se le muevan en el aire de una manera nada monárquica. (El cortesano sostiene que contaba con 52 cojines para enfrentar todas las permutas del trono.)

Mroczkowska-Brand dice que a ella le presentaron el libro como una alegoría de la corte comunista del entonces dirigente polaco Edward Gierek.

Un amigo me dijo que todo el mundo lo estaba leyendo en ese momento y que todos se botaban de la risa de lo lindo... A mí me pareció que tenía una forma muy interesante, que no me parecía que se hubiera usado mucho... caminar sobre la cuerda floja entre la literatura y el reportaje, entre la literatura y el hecho, entre el hecho y la ficción, usando todo tipo de trucos.

Pero al tiempo que *El emperador* ayudaba a Kapuscinski a hacerse de la admiración de gigantes literarios, desde John Updike hasta Rushdie, al alejarse de las normas del reportaje también sembraba las semillas de un debate sobre la exactitud de su escritura y hasta qué punto se le debe tomar como periodismo o como literatura.

Uno de los ataques más feroces vino de John Ryle, antropólogo y experto en África oriental. En una reseña para el *Times Literary Supplement* en 2001, catalogó una serie de errores factuales y de generalizaciones erróneas en la escritura de Kapuscinski sobre África. El efecto acumulativo, sostenía, era “orientalismo gonzo”, el cual “homogeneiza y representa erróneamente a los africanos aun cuando aspira a hablar por ellos”.

“Aquí los hechos dejaron de ser sagrados; el autor se pone a jugar en el matorral de fantasmas, libre para opinar y para generalizar sobre ‘África’ y ‘lo africano’, y sencillamente inventa cosas”, concluyó. “Aquí, en lugar del hecho, hay mutabilidad; en lugar de reportaje, relativismo. De este lugar, sumido en un África imaginaria, el escritor puede volver con el cuento que guste”.

Aquí los hechos dejaron de ser sagrados; el autor se pone a jugar en el matorral de fantasmas, libre para opinar y para generalizar sobre ‘África’ y ‘lo africano’, y sencillamente inventa cosas.

Una década después, Artur Domsławski, un periodista polaco que conoció bien a Kapuscinski, publicó una biografía que abordó la controversia sobre la cooperación de Kapuscinski (relativamente limitada, al parecer) con el servicio de inteligencia de Polonia, así como preguntas sobre su escritura y las leyendas en torno a su carrera. “A veces añadía [a su escritura] una cucharadita de ficción, y a veces una cucharada sopera”, dice Domsławski. “Mi tono no es acusatorio, examino lo que sucede cuando el periodismo se mete al terreno de la literatura de ficción. Mi respuesta es que el precio es muy alto. No digo que Kapuscinski sea un mentiroso. Digo que tal vez haya que colocar sus títulos en otro librero”, dice.

El libro de Domsławski hizo mucho ruido en Polonia y luego de él vinieron algunos intentos más por analizar sistemáticamente la manera de reportear de Kapuscinski. En 2014, dos periodistas trataron de seguir los detalles de Amelia Bolaños, una salvadoreña de 18 años, quien, según escribe Kapuscinski en *La guerra del fútbol*, se suicidó luego de que su país permitió un gol en el último minuto para perder ante Honduras su clasificación a la Copa del Mundo en 1969, poco antes de que se diera un breve conflicto entre ambos países.

En el relato de Kapuscinski, Bolaños se convirtió en un símbolo nacional. Su suicidio, escribió, llegó al diario *El Nacional*; su funeral se transmitió por televisión; y el presidente y la selección nacional marcharon detrás de su ataúd, el cual iba cubierto con la bandera nacional. Pero cuando estos dos periodistas, Maria Hawranek y Szymon Opryszek, buscaron en *El Nacional*, no encontraron rastro de que hubiera existido. Otros periódicos que revisaron a lo largo del mes sobre el partido no mencionan a Bolaños; un miembro de la selección nacional salvadoreña con el que hablaron no recordaba haber marchado detrás de un ataúd.

*

Para Bożena Dudko, secretaria de Kapuscinski durante los dos últimos años de su vida y quien se hizo cargo de su archivo hasta 2016, la crítica a su obra es injusta y se funda en un malentendido.

Ella llega a nuestro encuentro en un restaurante en el centro de Varsovia armada con una maleta llena de libros escritos por o sobre Kapuscinski, y en menos de nada ya están sobre nuestra mesa conforme me lleva por un veloz recorrido sobre su obra. Los errores de Kapuscinski, dice, surgen de las dificultades de corroborar datos en el mundo previo a internet, en



particular en la Polonia de la era comunista, en la que organizar una llamada telefónica al extranjero se podía tragar buena parte del día, al tiempo que el acceso a archivos extranjeros muchas veces era muy difícil o hasta imposible de obtener.

Pero las críticas, asimismo, pasan de largo esto, dice ella. “Al regresar de sus viajes, Kapuscinski se enfrenta al hecho de que puede escribir algo para la agencia, pero que quedan tantas cosas que no puede vender como periodista. Así que las usa y las procesa de una manera literaria. Para mí [la polémica en torno a su obra] es un malentendido. Un periodista tiene el derecho a ser también un escritor”, dice ella. “El reportaje literario no se debería tratar como se trata a un reportaje en un periódico”.

Kapuscinski, expresa Urszula Glensk, experta en literatura polaca de la Universidad de Wroclaw, escribía en una tradición influida por los pares de un autor anterior a la guerra, Melchior Wankowicz, quien creía que los reporteros podían combinar biografías o componer diálogos para ayudar a ilustrar las “verdades generales”. “Wankowicz decía que el reportero debía atrapar la realidad... pero no es posible forzar todas las conversaciones y observaciones de Kapuscinski en un libro”, dice Glensk.

Algunos llevan más lejos este argumento. Una vez el cineasta Werner Herzog dijo a la revista *Slate*:

Kapuscinski intensifica la verdad por medio de la invención. A fuerza de hacerlo, crea algo que ofrece una visión más profunda en la verdad, digamos, de África o de Haile Selassie, el emperador de Etiopía, y es totalmente legítimo y la polémica es muy tonta. Que los auditores [de la verdad] se gocen en su polémica. Yo no participaré.

Esta aproximación incomoda a algunos escritores contemporáneos polacos de reportajes. “La única manera de dar con una verdad profunda es yendo a las profundidades, y no sólo distorsionándola. Sencillamente no estoy de acuerdo con semejante supuesto”, dice Katarzyna Surmiak-Domanska, reportera y parte del jurado que cada año otorga los premios Kapuscinski de la ciudad de Varsovia por reportaje literario. “Para mí uno de los criterios del reportaje es la fidelidad a los hechos”. Ciertamente, una vez que esa fidelidad está en duda, resulta difícil para los lectores el orientarse. ¿A Kapuscinski lo asaltaron realmente en lo alto de un minarete? ¿Su chofer sólo sabía dos frases en inglés? ¿Selassie tenía un cortesano para sus cojines?

Cierto, una vez que esa fidelidad está en duda, resulta difícil para los lectores el orientarse. ¿A Kapuscinski lo asaltaron realmente en lo alto de un minarete? ¿Su chofer sólo sabía dos frases en inglés?

“La gente lee a Kapuscinski porque cree que es un periodista duro y un escritor extraordinario, alguien que en verdad va a estos numerosos sitios, tiene estas locas experiencias y luego las relata en su prosa extraordinaria”, dice Stanley Bill, catedrático de Literatura polaca en la Universidad de Cambridge. “Si no se creyera en que lo que dice es cierto, no estoy seguro de que su obra tuviera el mismo impacto”. Como resultado de lo anterior, dice Timothy Garton Ash, Kapuscinski deja un legado mezclado: “Él es alguien que produjo algunos reportajes brillantes, amados y recordados por mucha gente, pero también es una advertencia para que los reporteros con ambiciones literarias no pasen esa línea que separa el hecho de la ficción”.

Los admiradores de Kapuscinski son más indulgentes. Para Dudko, sigue siendo un “modelo clásico de reportaje literario... Lo llamo el poeta del reportaje, su estilo es inconfundible. Lo pueden leer la señora que hace el aseo y el profesor universitario y a ambos les resultará fascinante”. Szczygiel, a pesar de sus reservas sobre el que Kapuscinski borrara la línea entre el hecho y la ficción, sostiene que la belleza de su lenguaje y sus metáforas se seguirán apreciando durante los próximos treinta años.

Al acercarse los aniversarios del nacimiento y la muerte de Kapuscinski, otros tienen la esperanza de que el paso del tiempo permitirá una reevaluación del legado del escritor polaco. “Al fin estamos en el camino de entender a Kapuscinski como un monumento a entenderlo como un ser humano. Se le solía ver como un dios. Y luego durante uno o dos años para algunas personas fue un mentiroso y muy controversial. Y ahora estamos en el camino de aceptarlo con todos sus errores y equivocaciones”, dice Kamil Baluk, un reportero que trabaja también en el Instituto del Reportaje en Varsovia. “Creo que estamos a medio camino de redefinir su papel en nuestra historia. Estamos decidiendo lo que será su legado”.